

Vosotros, jóvenes estudiantes, habéis demostrado con vuestro porte y vuestra conducta que cumplís el deber, más por agradar a Dios y satisfacer vuestra conciencia, que por temor a los castigos o por anhelo de recompensas.

Los vínculos que ahora nos atan no se romperán con vuestra salida del Colegio, sino que durarán estrechos y apretados hasta la muerte.

Vosotros y yo tenemos una madre común: es la santísima Virgen del Rosario, y somos, por consiguiente, hermanos. Dure siempre esa dulce fraternidad aquí en la tierra, y continúese por interminables eternidades en el cielo.

EN EL COLEGIO MAYOR DEL ROSARIO

REPORTAJE PUBLICADO EN "MUNDO AL DÍA"

La emoción de la República

Hemos penetrado en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Llegamos empapados del ambiente impreciso, descolorido, de las calles modernas y cosmopolitas, que nada le dicen al espíritu, y sólo nos ofrecen el espectáculo de una muchedumbre abigarrada e incoherente que parece movida como por los ocultos hilos de la farsa. Sólo la impresión que en el ánimo producen estas casas de meditación y de gloria, al entrar a ellas dejando a las espaldas el mundano trajín, puede darnos la cabal medida del fuerte e inesperado contraste. Es una hora en que los claustros descansan bajo el silencio y el reposo; es un silencio que parece fatigado por la gloria; un silencio que invita a cruzar por él entregados a la meditación, como si el recuerdo de próceres, héroes y prelados fuera la única credencial altiva para invadir esta casa venerable. Es la emoción de la Patria, la emoción de la República. El aire

está saturado de reminiscencias ilustres, y nos parece que cada muro y cada columnata quisieran relatarnos alguna gesta erudita o alguna empresa heroica de los hombres que allí fueron a dejar su gloria. Admirable en el majestuoso continente, benévolo en el gesto apostólico de las manos, reposados los pliegues de la blanca vestidura frailuna, el maestro Cristóbal de Torres, desde el bronce de Renart que se levanta como una antorcha en el patio principal, parece vigilar la marcha firme y armoniosa del Colegio, todavía con el mismo paternal afán y el mismo amor de los remotos años en que hubo de fundarlo para que fuera «cuna de la República».

El recuerdo de Caldas

El Rector, doctor José Vicente Castro Silva, nos acompaña. Subimos por la amplia y antigua escalinata del Colegio, de rectas losas coloniales y de firme y amable balaustrada, y al paso que ascendemos y descubrimos al frente una lápida recordatoria, se nos vienen presurosas a la memoria aquellas palabras de nuestro maestro don Antonio Gómez Restrepo: «¿Quién puede subir la escalera principal del claustro, sin recordar que por allí mismo descendió, embargado de trágica emoción, para la *larga y negra partida*, el gran Caldas, llevando en su cerebro un mundo que pocos instantes después iban a volver pedazos las balas españolas?» Al revivir este trozo de gesta, desdoro para la España «que no necesitaba sabios», sentimos que en nosotros se afirma más la emoción de la fe republicana. En la pinacoteca del Colegio se conserva, altivo sobre la beca patricia, el retrato de este varón ilustre, como ofreciendo a las generaciones que llegan un perdurable recuerdo de quien fue vaso de virtudes y sabiduría.

Hablar del Colegio del Rosario es tanto como acudir a repasar los capítulos más brillantes de la historia nacional; es penetrar al través de la galería de már-

moles que perpetúa la memoria de los más prestigiosos próceres de nuestra emancipación, hacer el recuento de sus hazañas y reverenciar una vez más la firme abnegación y la altiva tenacidad con que lucharon por el triunfo definitivo de la causa. Hablar de Fray Cristóbal de Torres, es decir, lo que fue la magnitud de sus desvelos por los indígenas desamparados, cómo fue de paternal y acogedora su amistad para la juventud y hasta dónde llegó el celo apostólico que desplegó a favor de los niños desvalidos y expósitos; lo que fue su espléndida magnanimidad y su desprendimiento de las cosas percederas, y aquel grande e infatigable empeño que ponía, como simple fraile dominico o como Arzobispo de Bogotá, en favor del desarrollo y mejoramiento de la cultura y de la educación dentro del ambiente morigerado de la sosegada Colonia, vislumbrando ya la medida y la capacidad cultural que iban a menester los precursores de la Independencia.

Un digno sucesor

No hubiera podido hallar Fray Cristóbal mejor heredero a sus virtudes, ni el ilustre Instituto más cumplido reverenciador de su pasado glorioso, ni más digno, ni más meritorio, ni más ilustrado, que Monseñor Carrasquilla, llamado con justicia el segundo fundador del Colegio, y gloria del clero secular de Colombia. ¡Cómo causa admiración esta serie no interrumpida de doctos y austeros varones, honrando y haciendo cada vez más ilustre al Colegio del Rosario, unos, y enalteciendo otros con sus virtudes y sus hechos los anales de la Iglesia colombiana, ya agobiados por la gloria! Fray Domingo de las Casas, Fray Tomás del Toro, Lobo Guerrero, Fray Cristóbal de Torres, Arias de Ugarte, Almansas, Caycedos, Herranes y Mosqueras, Arbeláez... ..

En la quietud y el recogimiento del salón rectoral, mientras nosotros miramos la galería de próceres que cubre casi por completo los muros, y observamos una

fiel y hábil reproducción de la imagen de Nuestra Señora del Rosario llamada la *Bordadita*, que en la capilla del Colegio se conserva bordada por las propias sabias y devotas manos de la Reina Margarita de Austria, el doctor Castro Silva nos habla de algunos aspectos interesantes y casi desconocidos de los empeños y desvelos del maestro Cristóbal:

«—El Colegio, nos dice, tiene una peculiaridad esencial en su venerable antigüedad, y es que fue fundado en la Colonia, pero ya con firmes vistas a la República. Su fundador tuvo no solamente la visión de su tiempo, y muy clara, sino también la visión del futuro. Por lo que hace al presente que él vivía, conoció las necesidades urgentes de la raza indígena, de tal manera que cuando algunos discutían sobre la capacidad de los aborígenes respecto a sus derechos como fieles cristianos, Fray Cristóbal, con sus admirables razones, zanjó la cuestión en favor de los indios; ordenó su instrucción, miró por sus fueros y prerrogativas, trató de ser ejecutor fiel de las muchas providencias que la Corte española daba en favor de aquéllos, y que por codicia y mala administración de los encomenderos quedaban inútiles y baldías. Pero no se paró aquí su fervor apostólico, pues miró por los desvalidos, y entre ellos, por los expósitos. Y sea ésta la ocasión de recordar lo que nadie sabe o muy pocos recuerdan, y es que Fray Cristóbal de Torres fundó la casa de expósitos de esta capilla; es el verdadero padre de la institución que nos hemos acostumbrado a llamar «el Hospicio». De su propio capital y peculio gastó en esta empresa ciento setenta mil patacones, desde el año 1641 hasta 1645.

«Por lo que hace a lo futuro, su obra primordial, el empeño de toda su vida fue el Colegio del Rosario. ¿Qué pretendía con eso? Consideraba Fray Cristóbal que todas las esperanzas del engrandecimiento de esta tierra estaban fincadas en la educación de la juventud;

pensaba con clarividencia de genio, que por la fuerza invencible de los acontecimientos y que por la natural ley del desarrollo de los organismos, eso que era entonces colonia, tendría que convertirse en nación soberana».

Las constituciones rosaristas

Una condición inmanente, propia, del Colegio del Rosario, ha sido la estabilidad y fijeza de las constituciones que fueron dadas por Fray Cristóbal para la organización y funcionamiento fundamental del Colegio, las cuales rigen todavía, sin otras modificaciones que las indispensables según el adelantamiento de los tiempos, y, siempre en beneficio del desarrollo integral de los propósitos del fundador. Los Rectores del Colegio, con su gran rectitud y clarividencia, han comprendido muy bien lo que esa tradición significa, en cuanto conserva íntegra la fisonomía espiritual del Instituto, eje y motivo principal de su existencia.

Los propósitos de Fray Cristóbal

«Los propósitos de Fray Cristóbal—dice Castro Silva—convergen a formar, no simples estudiantes, más o menos versados en materias señaladas por un pênsum, sino perfectos caballeros, conscientes de su propia dignidad personal, capaces de regirse a sí mismos y a los demás, por dictamen de razón, mas no por interés y granjería; hombres capaces de prendarse de ideas universales, sin las cuales la acción humana está condenada fatalmente a malbaratarse, en tanteos y en ensayos perpetuos e inconexos. Hombres, asimismo, concedores y estimadores de su propia patria, en cuya defensa, prosperidad y exaltación deben emplear lo mejor de sus energías. Hombres atentos siempre al ejemplo glorioso de los antepasados que aquí se formaron y que hoy pueblan el cielo de la República, para emular en lo futuro sus acciones de grandeza y para apren-

der de ellos el deber primordial de vivir por la Patria y desvelarse por su engrandecimiento.

«Fray Cristóbal sabía que para realizar estos ideales era preciso suponer en cada uno de sus estudiantes un temple moral de invencible rectitud, y para ello estableció como fundamento de toda educación la filosofía del doctor de Aquino, que hoy por hoy podríamos compendiar diciendo que es la filosofía que no ha confundido jamás lo bueno con lo útil».

La Facultad de Derecho

El doctor Castro Silva, celoso de la integridad del mecanismo docente del Instituto, ha puesto todo su empeño en subsanar las circunstancias que demoraron este año el funcionamiento de la Facultad de Derecho, escuela ésta tradicional en el Colegio del Rosario, y quizás la que más ha contribuido al brillo de la intelectualidad nacional, produciendo infatigables defensores de los fueros de la Justicia. Vencidos tales contratiempos, la Facultad reanudará labores el entrante año, sin otra variación que la de añadir al pênsum clásico la enseñanza de la Biología, en cuanto ella es menester para dilucidar problemas jurídicos. «En el Colegio del Rosario, nos dice el doctor Castro Silva, se piensa que los estudios de Derecho no pueden ser una mera acumulación de preceptos legales, de observaciones consuetudinarias, en las mentes de los alumnos sino una estimación y una meditación diligente de esos preceptos y de esas observaciones encaminadas a penetrar cuanto es posible sus razones fundamentales y la inmensa y delicadísima variedad de sus aplicaciones».

La Quinta de Mutis

Una de las más altas glorias de que pueda ufanarse el Instituto de Fray Cristóbal, es la de haber tenido la suerte de prohijar y alentar la organización definitiva de la Expedición Botánica, que tanto influyó en el avan-

ce. de la cultura nacional, y que fue dirigida precisamente por uno de los más insignes catedráticos con que por entonces contaba el Colegio del Rosario. José Celestino Mutis se desprendió de su cátedra rosarista y con un seleccionado grupo de jóvenes naturalistas que se habían formado al calor de sus enseñanzas, se lanzó a organizar y adelantar la empresa científica quizás de mayor trascendencia que registran los anales de la República, como que sus labores y conclusiones merecieron llamar la atención de los más sabios naturalistas de ese tiempo, Linneo y Humboldt, entre otros. En conmemoración del sabio sacerdote gaditano que tanto contribuyó a darle lustre y renombre a la Expedición, el Colegio del Rosario ha fundado la «Quinta de Mutis», que, como una prolongación campestre de los claustros seculares, está sirviendo hoy para la preparación elemental y la educación física de los alumnos de diez a quince años. Instalada la Quinta en amenos y anchurosos campos, rodeada de placenteros jardines y de lugares propicios a las más francas y saludables expansiones de los educandos, está ella cumpliendo a cabalidad los fines perseguidos por la escuela-jardín, que pone a los niños en continuo contacto con la Naturaleza, al mismo tiempo que adquieren, en forma amena, las nociones más elementales.

Signos de nuestro tiempo

«—Yo que creo que—nos ha dicho el doctor Castro Silva—, como afirmaba un filósofo ya olvidado, toda cuestión social se explica por una cuestión teológica, y ésta a su turno suele resolverse en una cuestión moral. Con este criterio, me es imposible no ver en la situación que atravesamos una resultante de la violación o del olvido de grandes principios que antaño se observaban o por lo menos se respetaban como eje de todo orden público y privado, y que hoy, contrastados por múltiples codicias e intereses de todo linaje, han pasado

a la condición de meras fórmulas ideales. Tal parece que a las antiguas reglas de lo justo y de lo injusto, de lo recto y de lo torcido, de lo honorable y de lo deshonesto, se hayan sustituido otras reglas que sólo contemplan la utilidad, el goce inmediato y el desvanecimiento de la personalidad individual. Así como el arte, que producía en los siglos pasados, obras singulares, primorosas, únicas, va camino de ser reemplazado por la producción en serie, sin carácter, así los hombres muchas veces nos dan la impresión de que han dejado de ser cultivadores de una individualidad definida, para amoldarse a una especie de 'standard', vago, impreciso, e incapaz de afirmarse perentoriamente.

«O quizás pudiera imaginarse, como decía Samuel Buttler, que la venganza de la máquina sobre el hombre, consiste en que el hombre mismo se hace máquina. Se dice que el mundo ha progresado inmensamente, y es verdad, si se atiende a lo que le hemos hecho producir a la materia; también es cierto ese progreso, si se repara en los hallazgos del entendimiento, pero no ha de olvidarse que hoy como siempre el hombre debe ser un conjunto armónico y equilibrado, so pena de no lograr su perfección; a una inteligencia muy capaz, debe corresponder una voluntad muy poderosa. Las ideas son principios de acción: por consiguiente, a gran riqueza intelectual debe corresponder gran riqueza moral, acción constante y bien equilibrada. Cabalmente, este equilibrio y paralelismo, es lo que parece faltar, y lo que no nos permite considerar nuestra época como de progreso absoluto. Es para los estadistas un grave problema económico el de la superproducción industrial; quizás un día no lejano, los moralistas se verán en el caso de arbitrar recursos contra la superproducción intelectual. Por fértil que sea un terreno, si se acumulan en él las semillas, la cosecha será deficiente; por agudas que sean las inteligencias, si se hinchen de con-

ceptos muy abundantes y exquisitos, pero mal ordenados, el fruto humano de acción y perfección será escaso o imposible. Un solo viento lleva con seguridad el velero a su puerto; muchos le impulsarán por contrarios caminos y le serán estorbo para guardar la ruta».

El país sufre una incontenible confusión, el maridaje más inesperado de ideas y principios diametralmente opuestos. Es por esto que reconforta el ánimo escuchar la voz de quienes puedan ofrecer en el panorama de la vida pública colombiana el guión de una palabra luminosa y erguida como una antorcha. «En cuanto al socialismo, como manera de proveer a una mejor distribución y aprovechamiento de los bienes terrenos, por qué no decir que mientras no se reformen las conciencias y no adopten los hombres respecto de las riquezas terrenales la doctrina austera que propone el Evangelio y que tantas veces han inculcado los Romanos Pontífices, no será posible ofrecer remedio competente a las infinitas miserias que atribulan a la humanidad. Las costumbres no se reforman de afuera para adentro, sino de adentro para afuera: 'limpia el vaso por dentro, si quieres que lo de afuera sea limpio', dijo el Señor a un fariseo, y así vano empeño será mejorar a los hombres y rectificar sus procederes por medio de imposiciones externas y violentas, como fue vano el empeño de contrarrestar los efectos del alcohol mediante una 'ley seca' que en cierto territorio movilizó fuerzas, gravó presupuestos, persiguló delincuentes y despachó armadas, sin otro resultado que fomentar el empleo de los más tóxicos agentes de embriaguez».

Nuestro insigne interlocutor, por otra parte, no acierta a explicarse cómo puedan hoy compaginarse dos fervores opuestos, dentro de una misma mente, pues es lo curioso que la inmensa mayoría de los que se dicen liberales hacen simultáneamente gala de aceptar las teorías socialistas, ofreciendo el raro maridaje que resul-

taría de unir en una misma inteligencia la «declaración de los derechos del hombre» de 1789 y los manifiestos de Lenine. Y hablando más en particular, no opina el doctor Castro Silva que pueda producir beneficios apreciables una desatentada importación de teorías procedentes de países diferentísimos al nuestro bajo muchos aspectos, olvidando, además, aquella frase de Dostoievski, acerca de que ninguna reforma saludable puede ser importada, que antes que toda transformación netamente ideológica o doctrinaria, se impone lo que es hoy una urgente empresa de colombianismo: la reforma de las conciencias. Hé ahí una palabra erguida y luminosa como una antorcha. No se trata de armar o desarmar lo que no está para ser organizado según un criterio guerrero o bélico, sino para ser reformado y llevado a un estado propicio al logro del más asequible bienestar humano.

GABRIEL FRANCISCO PORRAS

Octubre 17, 1931.